

***En la Opinión de
Dr. Marún Ibarra Doger***

El reconocimiento y transformación de las competencias e *incompetencias* de nuestros estudiantes. Retos y oportunidades de la educación superior en México.

En los últimos 20 o quizá 25 años, se han marcado tendencias notables que han dado pie a una constante modificación de los planes y programas de estudio del nivel superior y de los posgrados, lo que ha ocurrido tanto en nuestro país como en el resto del mundo, enfocándolos hacia el desarrollo de las denominadas competencias, sin embargo, es importante mencionar que estas reconfiguraciones del proceso educativo apuntan ahora, no solo al estudiante y a los programas, sino a los profesores y en un segundo, aunque no menos importante plano, a los directivos.

En el caso de los estudiantes, el concepto de innovación educativa ha impulsado a las instituciones a invertir en el desarrollo de nuevas aulas, laboratorios e infraestructura tecnológica y de comunicación. Este enfoque, inspirado en la escala básica de la pirámide de Maslow y alineado con la teoría humanista, busca generar ambientes de trabajo óptimos que favorezcan su aprendizaje

No obstante, la implementación de instalaciones modernas, laboratorios de última generación y una infraestructura tecnológica de vanguardia, junto con el desarrollo de plataformas innovadoras y metodologías de enseñanza-aprendizaje, no han sido suficientes para alcanzar la calidad educativa deseada. Tampoco se ha demostrado un impacto significativo en el desarrollo de las competencias que buscamos fomentar en los estudiantes para su futuro.

A pesar de las inversiones realizadas y los avances tecnológicos, el proceso educativo actual dista mucho de ser óptimo, especialmente en nuestro contexto nacional. Los resultados obtenidos aún dejan mucho que desear, evidenciando la necesidad de un enfoque más integral que vaya más allá de la mera infraestructura y de las nuevas tecnologías.

Al examinar la realidad, observamos una tendencia preocupante: la presencia generalizada de estudiantes conformistas que asisten a las aulas con una actitud pasiva y apática; llegan al aula a cumplir con el hecho histórico de hacer “horas-nalga” para cumplir con el mínimo de requisitos de aprobación, obtener un diploma y avanzar al siguiente semestre o grado, pero ¿Dónde queda el fin último del estudio, que es aprender? Es importante destacar que esta falta de compromiso no se debe necesariamente a deficiencias en el proceso educativo, en los docentes o en las instituciones. Más bien, refleja la necesidad de adaptar las metodologías de enseñanza a las nuevas realidades y de crear ambientes de aprendizaje más estimulantes y atractivos.

He sido profesor desde hace ya más de 25 años y he observado que esto ocurre incluso en el posgrado. Tal pareciera que asistir a la universidad y estar en el aula implica cumplir con un requerimiento social, igual que si se tratara de hacer la primera comunión o el trámite de la cartilla del servicio militar. Los chicos sienten la necesidad de entrar a estudiar para no convertirse en “ninis” o bien, porque al ser universitarios, ostentan un mejor estatus social, lo cual los adjetiva y valida, sin embargo, cuando uno les pregunta a sus alumnos si es divertido ir a la escuela, contestan casi todos que sí sin dudarlo, ¡Claro que es divertido! Solo un par de noes he escuchado, pero en el

99% de los casos me dicen que sí, que es muy divertido ir a la “Uni”, concretamente, a la universidad; entonces viene la siguiente pregunta que es evidente para uno -insisto, como profesor-: ¿qué es lo que más te divierte? Yo esperaría que todos me dijeran APRENDER a hacer, entender cosas nuevas y ver el mundo de una forma diferente, comprender mejor lo social, lo político o lo económico, mejorar una técnica o una metodología, descubrir algo nuevo, pero...sueños guajiros...Invariablemente, la primera respuesta de mis alumnos ha sido siempre la misma: los descansos entre clase, la hora de la salida para ir a jugar en los ámbitos de los adultos incipientes, las horas muertas para ir al café, a la chorchá, a la chela, por supuesto no pueden faltar la fiesta y el antro, la reunión y ni hablar de irse con la novia o el novio, pero es que en buena parte, eso es lo divertido de ir a la universidad: gozar la juventud, vivir la universidad con las actividades propias de ser joven, las amistades y ya con más complejidad, las complicidades que se gestan para hacerle grilla a un profesor o profesora por estricta(o), ¡ah! Porque esos profesores ahora son bichos raros que hay que eliminar del sistema y, observemos con cuidado, la socialización alrededor del proceso, no el proceso en sí, es lo que gusta a los estudiantes en general, no el resultado final.

Desde mi muy humilde punto de vista, una palabra clave para el desarrollo de competencias en cualquier nivel educativo es la innovación, pero no sólo tecnológica, sino pedagógica, psicológica, comunicacional, emocional y hasta física.

Basta mencionar como ejemplo el tan criticado esquema de los videojuegos. Hasta hace no mucho tiempo había una crítica punzante y negativa respecto al tiempo de uso de un videojuego, al que ahora también se accede desde un dispositivo móvil; o de la abstracción que generaban estos juegos en la mayoría de los adolescentes, niños y hasta algunos adultos por el esquema de adicción que generan, sin embargo, hoy se está demostrando que los niños que se abstraen más y que desarrollan capacidades estratégicas en el juego pueden llegar a convertirse en los nuevos neurocirujanos y los nuevos mariscales de campo de las guerras del futuro, entonces resulta que hay que cultivar esas competencias y habilidades porque son jóvenes que de otra forma, no serían sobresalientes en nuestra nueva cultura de desarrollo, una cultura que además, está acostumbrada a idolatrar la belleza física, el desempeño físico, el carisma, la popularidad y que ahora vuelve sus ojos a nuevos perfiles que empiezan a sobresalir.

Claramente ni Mark Zuckerberg, ni Bill Gates o Elon Musk fueron estudiantes sobresalientes en educación física, o en concursos de belleza, o canto, pero el desarrollo racional de sus competencias, los han llevado a estar entre los cinco hombres más ricos del mundo, lo cual los hace verse ciertamente atractivos como si de una ironía social se tratase.

Conviene entonces hacernos una pregunta, ¿qué debemos hacer en materia de desarrollo de competencias para mejorar el ámbito que nos ocupa? Ciertamente innovar y seguir haciéndolo; recordemos que el cambio es la única constante que nunca cambia, pero ¿cómo hacerlo? ¿Se trata de darles videojuegos a todos nuestros alumnos o permitir que el uso de laptops, tablets y teléfonos de última generación se incremente en el aula?

Sin duda, la función de los dispositivos tecnológicos ha evolucionado considerablemente. Ya no se limitan a ser herramientas de consulta o promoción dialéctica, sino que se han convertido en

plataformas para el uso de redes sociales como Facebook, Instagram y, más recientemente, TikTok. Esta tendencia se observa incluso en el contexto educativo, donde los estudiantes pueden distraerse con estas aplicaciones mientras el profesor explica temas como la teoría de las relaciones sociales.

Es importante destacar que el problema no radica en la tecnología en sí misma, sino en la forma en que se utiliza. El enfoque debería centrarse en el contenido y los procesos de aprendizaje que se desarrollan a través de las herramientas tecnológicas, no en el uso de estas herramientas como meras fuentes de entretenimiento o distracción.

En este contexto, la innovación educativa se convierte en un imperativo, pero no se trata de una mera adopción acrítica de tendencias globales. Es fundamental que esta innovación se adapte a las necesidades y características propias de nuestra cultura, la mexicana en general y la poblana en particular. Si bien compartimos la identidad nacional, los poblanos poseemos una idiosincrasia distintiva que debe ser considerada en el proceso de innovación educativa.

Primero que nada, debemos comprender que innovar no implica concluir que lo que antes se hizo está mal, y que rehacerlo todo no implica necesariamente hacer reingenierías estrictas y contundentes; innovar implica, entre otras cosas, un ejercicio crítico de reconocimiento y recuperación de todo aquello que consideremos que da resultados en nuestras instituciones y con nuestros chicos, usando el sentido común para fortalecer eso que llamamos aprendizaje útil y significativo; ahí sí hay innovación; siendo así, debemos entonces entender que no todas las organizaciones educativas son iguales aunque se dediquen a lo mismo y aunque tengan los mismos programas -o al menos sean parecidos-, en realidad se trata más bien de saber diferenciar a sus públicos y cada uno de ellos tiene necesidades, actitudes y también culturas y posicionamientos diferentes.

Lo que da resultado en una institución, puede no hacerlo en otra. Entonces debemos entender como profesores, que debemos usar el sentido común. Preguntémosnos: ¿todos los alumnos requieren de una disciplina estricta y férrea para forzar el aprendizaje? ¿Requieren todos de un proceso 100% activo y de llevarse de tú con el profesor? ¿Deben y pueden todos tener una laptop a la mano en el aula para ser mejores? ¿Todas las materias están diseñadas para que pueda hacerse uso de la tecnología de forma expedita? ¿Las nuevas plataformas cumplen para poder subsanar lo que se puede aprender en un taller o en un laboratorio?, en todos los casos la respuesta es negativa y nos da mucho material para la reflexión, el análisis y las propuestas.

Apelar al sentido común, considerado por muchos psicólogos y sociólogos -que no me detendré a mencionar-, como el menos común de los sentidos, resulta fundamental para la innovación educativa. Esta tarea exige un esfuerzo notable a nivel organizacional e implica un liderazgo efectivo para impulsar un cambio planificado que se perciba como natural tanto para los estudiantes como para los docentes. Es esencial que los estudiantes interioricen los conocimientos de forma natural, adaptándose al cambio de manera orgánica. Sin embargo, este proceso puede generar cierta resistencia en los padres, quienes son los primeros en notar las transformaciones en sus hijos. Aspiramos a modificar aspectos significativos en los estudiantes, impulsando cambios positivos y productivos. Para ello, es crucial enseñarles que el cambio es una constante en la vida y que deben

aprender a gestionarlo de manera efectiva. Pero, ¿quién nos enseña a nosotros, los educadores, a adaptarnos a este proceso de cambio constante? La respuesta radica en aprender a guiar a los estudiantes para que tomen control de su propio cambio, brindándoles las herramientas necesarias para establecer su propio rumbo. Este proceso de empoderamiento es la base del desarrollo de competencias.

De inicio, cuando no saben hacia dónde van, les da miedo y se genera incertidumbre en todos sus procesos cognitivos, lo que les provoca resistencia a aprender, a valorar el conocimiento y la infraestructura que se les ofrece para ello, a ser mejores, a cambiar pues. Hay incertidumbre (*crisis existenciales* les llaman algunos) y, por ende, resistencia al cambio. Es aquí, cuando el aula -ya sea virtual o presencial- resulta de gran ayuda como medio ambiente, porque de un modo perverso, los tenemos cautivos en un contrato psicológico que los obliga a “poner atención”, a “ser respetuosos”, a “cumplir un código ético”, etc.; los tenemos “presos” y al menos durante las horas que les damos clase son nuestros conejillos de indias, pero no hay que decírselos por que se enojan si sienten que son objeto de experimentación nuestra para desarrollar un nuevo método, aunque por supuesto, mediando con nuestro tamiz ético como profesores que nos compromete a generar en ellos los mejores resultados de aprendizaje posibles.

Debemos innovar rompiendo las rutinas, investigando cómo funciona mejor un grupo y qué les llama más la atención. Hay que desarrollar nuevos esquemas de aprendizaje dejando un sello particular que provenga del profesor y que sea distintivo de la institución, imprimiendo un rumbo diferente al trabajo educativo tradicional y por supuesto, quedándonos en los corazones de nuestros alumnos como facilitadores y guías del conocimiento y también, estoy seguro, con la gratitud de los padres.

Si bien la introducción de cambios curriculares, la reforma del sistema de evaluación, la implementación de nuevas dinámicas grupales o la adopción de enfoques constructivistas son medidas válidas en el ámbito de la innovación educativa, estas no representan la esencia misma de este proceso. Innovar en educación implica comprender las características individuales de cada estudiante y actuar en consonancia con las necesidades específicas de cada materia y grupo. Esto significa ir más allá de la mera aplicación de técnicas o metodologías y enfocarse en el desarrollo integral de los estudiantes. En este sentido, es fundamental demostrar a los estudiantes un interés genuino en sus características personales, alentando sus capacidades y actitudes positivas, y también brindándoles apoyo para transformar sus actitudes negativas en oportunidades de crecimiento. Es importante reconocer que lo negativo también puede ser productivo si se canaliza de manera adecuada. Al cambiar el significado que los estudiantes les dan a sus experiencias negativas, podemos ayudarles a convertirlas en motores de aprendizaje y desarrollo personal.

Es verdad que innovar y aplicar sobre la marcha implica que no podamos medir siempre con rigor los resultados, pero la observación atenta en el mediano y largo plazo es la mejor forma para averiguar lo que se hizo bien y por supuesto, seguir haciéndolo, y aquí, hay que confiar nuevamente en el sentido común. No existe otra forma.

El empleo de estrategias como el aprendizaje basado en resolución de problemas en el aula, simuladores de enseñanza, dinámicas de convivencia, uso de tecnologías y plataformas de socialización del conocimiento, entre otros, permiten a los profesores detectar liderazgos, círculos de calidad, esquemas de conflicto y división, elementos integradores, diplomáticos, políticos, etc., y será tarea del profesor distinguir los roles y exaltarlos a la menor oportunidad. Reconocer las capacidades intrínsecas de la personalidad de cada uno de nuestros estudiantes abre la ventana de la atención y, por ende, facilita el proceso enseñanza-aprendizaje mejorando la convivencia dentro del aula, no fuera de ella, aunque esto se genere -o deba generarse- de forma automática, haciendo del profesor un aliado y no un enemigo. Esto se convierte en una acción pedagógica real, pero su alcance es mediano hasta ahora porque no hemos actuado en consecuencia ya que, hasta donde se ve, la figura y rol del profesor continúa siendo el del todo poderoso en el aula.

El fortalecimiento del cambio y el desarrollo de competencias no radica en la acción aislada de un solo docente, en la implementación de una materia específica o en el rediseño curricular de algunas carreras. Se trata de una labor profunda que exige un compromiso institucional decidido. Este proceso requiere del involucramiento activo de grupos completos de profesores, así como de la voluntad y el apoyo de la alta dirección. Además, es fundamental contar con políticas educativas públicas e institucionales que promuevan la transformación y el trabajo educativo en su conjunto. Para alcanzar el éxito en los objetivos planteados por los programas y en los roles organizacionales, es indispensable una estrategia de comunicación efectiva que mantenga informada y motivada a toda la comunidad educativa.

Es muy normal que hoy todos tengamos en mente el tema de las competencias, pero más allá del discurso y de la implementación de la política gubernamental en turno, o del uso de las tecnologías actuales, para entender las competencias debemos entender en qué son incompetentes nuestros muchachos y eso nos dará mucha claridad.

A continuación, expongo algunas de las incompetencias de las que personalmente he sido testigo y que han sido identificadas en investigaciones realizadas por la Vicerrectoría de Docencia de nuestra BUAP, enfocándome específicamente en el área de Ciencias Sociales y Humanidades. Cabe destacar que la integración de resultados de investigaciones de otras áreas permitiría ampliar la perspectiva y obtener resultados aún más completos y relevantes.

- Incompetencia para hablar y expresar ideas claras, verbalmente y en público
- Incompetencia para escribir y expresar ideas por escrito.
- Lo anterior se traduce en problemas de gramática, sintaxis y ortografía; hacer resúmenes y ensayos se vuelve aún más complejo.
- Incompetencia para el pensamiento lógico-matemático. Hay estudios que indican que un 75% de los alumnos que estudian un área de ciencias y humanidades la hace porque no quiere enfrentarse a las matemáticas y eso resulta terrible ya que el desarrollo de la ciencia y la tecnología va de la mano con esta área.
- Incompetencia para determinar los grados de autoridad y respeto por ella.
- Incompetencia para tomar decisiones y asumir la responsabilidad de los actos propios

- Incompetencia para mostrar sus emociones y sentimientos de forma adecuada. Esto es notable, en ninguna escuela y raramente en alguna familia, nos enseñan qué hacer con nuestros sentimientos y emociones y esto es un problema ya que de aquí se derivan los principios y valores.
- Incompetencia para formar y realizar trabajos en equipo, lo que se traduce en problemas de integración y productividad laboral principalmente.
- Incompetencia ideológica; hay alumnos que tienen crisis existenciales por esta razón y sufren constantemente desviando su atención, lo que hace que incluso en muchos casos, se refugien en el lugar o con la persona menos adecuados.
- Incompetencia comunicativa.
- Incompetencia para la investigación.
- Incompetencia para comprender la historia y sus procesos de construcción.
- Incompetencia para ver todo como un juego y divertirse con el trabajo.
- Incompetencia para encontrar el lado lúdico en la responsabilidad.
- Incompetencia para hablar otro idioma y comprender su importancia.

El reconocimiento de todas estas incompetencias -y otras más-, nos meten de lleno en el campo de la ciencia educativa, pero desde otras áreas, como la hermenéutica, la filosofía y la historia, hasta el pragmatismo, la metodología y la comunicación, por mencionar algunas.

No perdamos de vista que el término competencia tiene un sentido utilitario en el mundo del trabajo, donde se le concibe como una estrategia que se apoya fundamentalmente en el análisis de tareas a partir de las cuales se busca determinar las etapas puntuales en las que se debe formar a un técnico medio; no olvidemos que tienen su origen en la necesidad de mejorar los resultados de esos técnicos -como un mecánico automotriz o un tornero-, en términos de la adquisición de habilidades y destrezas que le permitan un desempeño eficiente en su labor, sin ponerse en peligro para ello.

En nuestro caso -el contexto educativo-, va más allá; como ya pudimos ver en el análisis de las incompetencias, el enfoque de las competencias radica en una puntualización minuciosa de los aspectos en los cuales se debe concentrar "el entrenamiento" o "la enseñanza".

Los términos *aptitudes* y *habilidades* se encuentran de alguna forma relacionados con el de competencias; si bien el primero da cuenta de diversas disposiciones emocionales y cognitivas de cada individuo, el segundo remite a la pericia que ha desarrollado a partir de tales disposiciones o bien, a sus habilidades físicas lo cual hemos dejado de lado de forma notoria.

Ello ha llevado a algunos autores a precisar dos tipos de competencias: las competencias umbral y las diferenciadoras. Se reconoce que las primeras reflejan los conocimientos y habilidades mínimas o básicas que una persona necesita para desempeñar un puesto, mientras que las competencias diferenciadoras "*distingen a quienes pueden realizar un desempeño superior y a quienes tienen un término medio*". Ahora están de moda las competencias blandas que serán tema de otro escrito, si me es permitido.

Ciertamente, la mera descripción de los elementos que componen el proceso de aprendizaje-enseñanza, no basta para comprender la complejidad del mismo. En este desarrollo, el aspecto social juega un papel fundamental, influyendo de manera significativa en la adquisición de conocimientos, habilidades y valores. La interacción entre docentes y estudiantes, así como entre los propios estudiantes, crea un ambiente dinámico y enriquecedor que favorece el aprendizaje. A través de estas interacciones, se comparten experiencias, se intercambian ideas y se construyen significados de manera conjunta. El reto que tenemos por delante radica en desarrollar nuevos esquemas educativos que tomen en cuenta las características socioculturales de nuestro entorno, reconociendo nuestra identidad poblana y la relevancia de nuestra institución como una de las mejores del país.

En el ámbito educativo actual, la adopción de un modelo constructivista, combinado con metodologías efectivas como la Teoría de Juegos y el Aprendizaje Significativo, se presenta como una estrategia prometedora para el desarrollo de competencias en los estudiantes. Para lograr una implementación exitosa, es fundamental capacitar y empoderar a los docentes, proporcionándoles las herramientas y el apoyo necesarios para integrar estas metodologías de manera efectiva en sus prácticas pedagógicas. La identificación y el desarrollo de competencias esenciales, tanto en el ámbito laboral como en el social, debe ser un proceso continuo basado en la investigación y el análisis, considerando las necesidades cambiantes de los estudiantes y la sociedad.

La implementación de esquemas de acción y el enfoque del aprendizaje en la resolución de problemas y retos representan un paso fundamental en la lucha contra el enciclopedismo en la educación. Este enfoque, sin duda, implica una ruptura con las tradiciones paradigmáticas que aún persisten en nuestras aulas y exige un cambio profundo en la concepción y la práctica docente. En lugar de centrarse en la mera transmisión de conocimientos, el aprendizaje basado en la resolución de problemas y retos busca desarrollar en los estudiantes habilidades como el pensamiento crítico, la creatividad, la colaboración y la comunicación.

Este enfoque también fomenta la autonomía de los estudiantes, permitiéndoles tomar decisiones, asumir responsabilidades y aprender de sus propios errores. La implementación de este enfoque requiere de un compromiso firme con la innovación educativa y la disposición para romper con viejos esquemas, sin embargo, los beneficios potenciales son enormes: estudiantes más preparados para enfrentar los desafíos del mundo actual, docentes más motivados y una educación más relevante y significativa.

Hay diferentes tipos de competencias: básicas, disciplinares, transversales, matemáticas, sociales, emocionales, técnicas, prácticas, y un largo etc.; dilucidarlas todas implica un ejercicio de análisis más profundo que quizá sea objeto de uno o varios cursos de especialización para comprender cómo desarrollarlas en los procesos sociales y tecnológicos, en los procesos técnico-laborales y en los de especialización que incluyen las inteligencias emocionales y de desarrollo cognitivo.

El aprendizaje de nuevos procedimientos educativos permitirá efectivamente, enfrentar situaciones inéditas para todos los que nos dedicamos y amamos la educación, porque finalmente, permitirán

que cada sujeto adquiera los mecanismos de construcción del conocimiento en una disciplina específica que sea de su interés y obvio, que le represente una ganancia por ello.

¿Cuál es la finalidad de lo que se enseña???: ¿Llenar la cabeza de información, que se retenga y que sea reproducida en los esquemas y textos mostrados en la escuela para que sea productiva en algún sentido, o formar un individuo con capacidad de razonamiento propia y con un conjunto de habilidades que le permitan resolver situaciones cotidianas y complejas?

Más allá de la discusión pedagógica que se renueva con la incorporación del término competencias, surgen nuevas dificultades, insisto ¿cómo innovar y dónde? Algunas preguntas guardan relación con lo que se podría denominar una metodología para la elaboración de planes de estudio; otras, con las estrategias para aplicar tales propuestas a situaciones prácticas en el aula que quizá sea lo más conducente y práctico.

Pero tal vez lo más difícil sea aplicar el sentido común que hemos desarrollado con la experiencia y que nos ayuda a ver con claridad lo que debemos hacer en cada caso, con cada persona, en cada organización educativa y con cada conocimiento, donde tengamos la oportunidad de compartir lo poco o mucho que sabemos, pero siempre con la idea clara de potenciar las habilidades y capacidades de cada uno, encontrando el punto de equilibrio entre la personalización y el grupo; no olvidando nunca la responsabilidad con el bien común y el desarrollo económico-social.

Es probable que el enfoque en competencias pueda mostrar su mayor riqueza si se logra incorporar de manera real en la tarea docente, en la promoción de ambientes de aprendizaje escolar. En este sentido, se trataría de pasar de los modelos centrados en la información -como hasta ahora-, hacia modelos centrados en desempeños y capacidades.

Los conceptos de movilización de la información, de uso de tecnologías y nuevas plataformas para la divulgación, el tema de transferencia de las habilidades hacia situaciones inéditas, por ejemplo, adquieren una importancia relevante en esta perspectiva que nos debe ocupar como miembros de una organización educativa tan importante... Y eso, que aún no he tocado el tema ya inherente, de las inteligencias artificiales.